

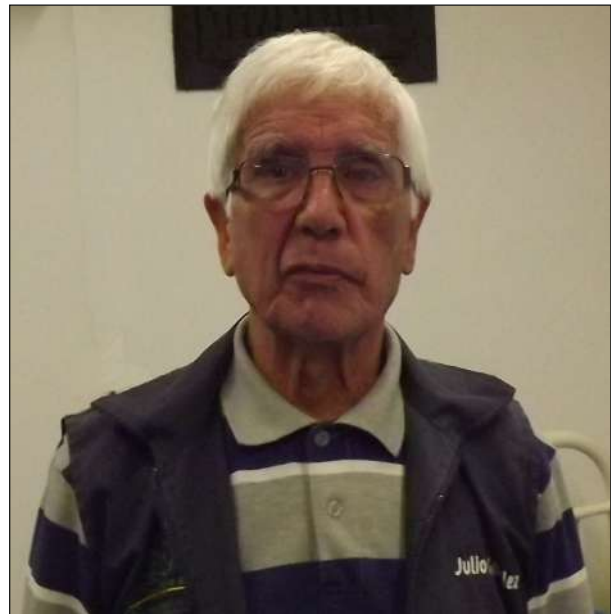
OBITUARIO

JULIO CÉSAR GONZÁLEZ (1944-2021)

Conocí a Julio en 1987 o 1988. Tenía yo entonces unos 16 años y había ido al Museo Zoológico Dámaso Antonio Larrañaga (MZDAL) a hablar con Juan Cuello, un señor que había escrito libros sobre aves y a quien quería hacerle consultas sobre mis observaciones de campo. Cuando llegué me atendió un funcionario muy amable que me guió hasta la oficina de Cuello. Al terminar la reunión me encontré con el mismo hombre, que se retiraba, y me ofreció acercarme en su auto hasta una zona con más transporte que la rambla del Buceo. Cuello nos fue a presentar pero no había retenido mi nombre, por lo cual nos dimos la mano pronunciando los dos al mismo tiempo "González". Le comenté que había leído sus artículos en el Almanaque del Banco de Seguros y fuimos conversando hasta cerca del Parque Batlle, donde me domiciliaba yo entonces.

En varias ocasiones visité el Museo Larrañaga entre esa fecha y comienzos de los 90s, oportunidades en que departíamos largamente con Julio sobre el tema que nos apasionaba: los mamíferos. Julio era una fuente inagotable de anécdotas y datos de campo. Fue quien me contó sobre la posible existencia del yapok en el Arroyo de la Mina, dato que me puso sobre la pista de la especie hasta que la encontré años más tarde en Paso Centurión. Él me facilitó el contacto con el mastozoólogo argentino Elio Massoia cuando me fui a vivir unos meses en Buenos Aires en 1992. Más adelante fue mi hospitalario anfitrión en varias oportunidades, cuando vivía en Porto Alegre y yo visitaba la ciudad para consultar colecciones o asistir a alguna reunión científica.

Julio se formó como taxidermista y mastozoólogo con Alfredo Ximénez, en el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN), y junto a Cuello en el MZDAL, institución esta última de la cual llegó a ser Subdirector. Su talento como museólogo fue ampliamente reconocido y potenciado cuando lo reclutaron para la creación del Museo de Ciencia y Tecnología de la Pontificia Universidad Católica de Rio Grande do Sul, situada en Porto Alegre. Allí fue responsable de la generación de notables sectores de la exposición y actuó durante más de una década como docente universitario.



Julio César González. Foto tomada por su hijo
Javier González.

Entre los mamíferos, su principal grupo de trabajo fueron los murciélagos, sobre los cuales realizó diversas contribuciones tanto en Uruguay como en Brasil. Puede decirse que, después de Eduardo Acosta y Lara, fue el segundo estudioso de los murciélagos que ha tenido Uruguay. La obra de Julio incluyó, además de aportes científicos, numerosas publicaciones de divulgación, entre las cuales destacan una serie de artículos sobre mamíferos de Uruguay en el Almanaque del Banco de Seguros del Estado y la "Guía para la identificación de los murciélagos de Uruguay", del Museo Larrañaga.

Su labor como colector de mamíferos lo coloca entre las personas que más han contribuido al desarrollo de las colecciones nacionales, tanto del Museo como de la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República. Entre sus aportes se encuentran la confirmación de la presencia de las

marmosas en Uruguay mediante la colecta de ejemplares, datos biológicos sobre el murciélago de línea blanca (*Platyrrhinus lineatus*) y el murciélago oscuro (*Myotis riparius*), la cita del lobo marino fino subantártico (*Arctocephalus tropicalis*) para Uruguay, las citas del murciélago oscuro para Rio Grande do Sul y el murciélago de orejas anchas patagónico (*Eumops patagonicus*) para Brasil. Supo cultivar, asimismo, el trabajo interdisciplinario, realizando diversas publicaciones en colaboración con parasitólogos y epidemiólogos. Entre sus colectas también destaca un ejemplar de rata de hocico ferrugineo (*Wilfredomys oenax*), que atrapó con la mano en la Sierra de Aceguá cuando la vio desplazarse entre la hojarasca del suelo del monte serrano.

En sus últimos años trabajó para el Ministerio de Salud Pública de Uruguay, contribuyendo con la labor de un equipo interinstitucional dedicado al control del vampiro. Participó asimismo, ocasionalmente, en consultorías relativas al efecto de parques eólicos sobre murciélagos y aves. Desde esos lugares siguió aportando al MNHN valiosa información y ejemplares, como una serie de murciélagos orejados oscuros (*Histiotus velatus*), del sitio en el cual descubrió la única colonia conocida hasta hoy en Uruguay, o el cráneo del mono aullador, que hasta el presente es el único registro material de la presencia de primates en

nuestro país.

Hay un par de cosas que siempre voy a recordar de Julio, además de sus aportes a la Mastozoología. Por un lado, su carácter generoso, entusiasta, afable y trabajador. Y en segundo lugar, la historia de una excursión muchas veces programada por ambos y nunca realizada, que consistía en recorrer el arroyo Laureles a pie, desde las nacientes hasta la desembocadura. La idea era tomarnos varios días, andar tranquilos, livianos, disfrutar de los paisajes, la flora y la fauna. Sin pretender apenas dedicar esfuerzos a la colecta, salvo por algún material excepcional que pudiera aparecer. Esa idea, que se le ocurrió a mediados de los 90, era tema recurrente en nuestros encuentros en los últimos años. Cada vez que nos veíamos reafirmábamos la voluntad de partir, pero por razones circunstanciales nunca llegamos a hacerlo. Me queda, sin embargo, de tan peculiar anécdota, un mensaje de Julio, que es precisamente que, además de trabajar e investigar, debemos dedicar tiempo en la vida a andar tranquilos por la naturaleza, a viajar livianos y a disfrutar de esos paisajes, esa flora y esa fauna que son la razón de ser de aquellos que nos sentimos naturalistas.

Enrique M. González